

EL SOCIALISTA

ORGANO DEL PARTIDO OBRERO



SUSCRIPCIÓN POR TRIMESTRE: España, 1 peseta; Ultramar, 1,25; Portugal, 1,50; Otros países, 1,75. VENTA: Paquete de 30 números, una peseta. Los pagos se efectuarán en libranzas del Giro Mutuo ó en letras de fácil cobro. No se servirá ninguna suscripción cuyo pago no se hubiere efectuado.

APARECERÁ LOS VIERNES

REDACCION Y ADMINISTRACION, HERNAN CORTES, 8, PRAL.
Horas de oficina: de ocho á diez de la noche.

Las suscripciones se reciben: en Madrid, en la Administración, y en provincias, en el domicilio de los corresponsales del periódico ó dirigiéndose directamente al Administrador. La correspondencia de Redacción, á nombre de Pablo Iglesias; la de Administración, al de Manuel Atienza.

SUSCRIPCIÓN

A FAVOR DE LAS VÍCTIMAS

DE LOS EXPLOTADORES DE RIPOLL Y CAMPDEVANOL

	Pesetas.
Suma anterior.....	359,19
MADRID	
P. I., 0,25.—A. Atienza, 0,25.—F. Diego, 0,25.....	0,75
BURGOS	
Agrupación socialista, 2,00.—Gregorio Pérez, 0,10.—Melitón Castellanos, 0,10.—Cipriano Puertas, 0,10.—Ángel Santa Olalla, 0,20.—Damaso Rodrigo, 0,10.—Celestino Fernández, 0,20.—Sergio Ventura, 0,25.—Simeón Rico, 0,10.—Mariano Cruz, 0,10.—F. D., 10.—Francisco Oliveros, 0,10.—Clemente Ventura, 0,25.—P. Lucio, 0,10.—Antonio A., 0,20.....	4,00
TOTAL.....	363,91

SUSCRIPCIÓN PERMANENTE

PARA ATENDER

À LOS GASTOS DE EL SOCIALISTA

	Pesetas.
Suma anterior.....	129,69
MADRID	
P. I., 0,25.—Una socialista, 0,50.—M. G., 0,25.—José Martínez Gil, 0,25.—A. Atienza, 0,25.—A. del Campo, 0,20.—C. Fernández, 0,10.—F. Diego, 0,25.....	2,05
TARRAGONA	
Camilo Huguet.....	0,25
BARCELONA	
Reoyo, 0,25.—Llesuy, 0,30.—Ferraté (cochero), 0,25.—Manegal, 0,25.—A. G. Q., 1,00.—Sala, 0,20.—Ribera, 0,10.—A. C., 0,10.—Arturo, 0,10.—Carbó, 0,25.—Armengol, 0,25.—Tert, 0,15.—Almela, 0,25.—R. Grau, 0,50.—Guix, 1,50.—I. Amorós, 0,25.—Jaime Puig, 0,50.....	6,20
SAN MARTÍN DE PROVENÇALS	
Miguel Sauvage.....	1,00
JÁTIBA	
Francisco Martínez.....	0,22
OVIEDO	
N. S.....	0,05
TOTAL.....	139,46

LA SEMANA BURGUESA

El Parlamento continúa en vacaciones.

Pero á falta de las distracciones parlamentarias, en las que de vez en cuando algún diputado inocente se entretiene en apestar al país dando salida á un chorro de pus con sólo aplicar un dedo á cualquier miembro del Estado burgués, la gente parásita ha tenido ancho espacio donde emplear sus ocios y dar gusto á sus aficiones.

Reanudóse el juicio oral que tanto éxito alcanzó en la temporada anterior.

Abrióse el Parlamento de la Puerta de Alcalá, donde Lagartijo y Frascuelo presiden arrancando aplausos que Martos y el marqués de la Habana envidiarán.

Y el cardenal Benavides, asistido de una lucida cuadrilla de obispos y seglares, inauguró las tareas del Congreso católico en lugar muy próximo á los jardines perfumados estos días por las simbólicas lilas.

De manera que el interregno parlamentario ha sido aprovechado con verdadera utilidad.

Porque suponemos que no habrá—¡qué ha de haber!—quien niegue, no ya la necesidad, sino la importancia y trascendencia del Congreso celebrado en la iglesia de los Jerónimos.

No hay más que pasar la vista sobre los temas en él tratados para convencerse de que todos los males que afligen al mundo religioso y profano tienen allí señalado su adecuado remedio y eficaz tratamiento.

Quizá no falte quien arguya que todos esos males han ido en aumento á despecho ó merced á la anticuada y empírica terapéutica clerical; pero aunque esto sea verdad indiscutible, ¿no es digno de aplauso que cada cual cumpla con el papel que, mediante su respectivo estipendio, tiene asignado en la comedia social?...

Que la burguesía es pecadora, inhumana, perversa... ¿Pues para qué paga la Iglesia? Para que de cuando en cuando la llame al tribunal de la penitencia, la absuelva de sus pecados... y luego vuelva á empezar.

Lo que no hemos podido leer sin lágrimas en los ojos es la relación triste de las penalidades y amarguras del pobrecito prisionero del Vaticano.

Encerrado en una mansión donde torturan su espíritu magnificencias no gozadas por ningún soberano; atormentado de continuo por el sonido impuro del dinero de San Pedro, arrancado á los bolsillos de los fieles del orbe por los contundentes *sablazos* clericales; agobiado, en fin, bajo el peso de las mundanas ofrendas que jubileos y romerías le producen, su vida es todo sacrificio, y su martirio digno de celestial recompensa.

Preguntad á los ilustres congresistas, y os dirán que es mil veces preferible la situación de los millares de trabajadores que en Roma mismo se mueren de hambre.

¡Y sin embargo, estos seres dichosos intentaron asaltar el Vaticano en su última asonada! ¿Para qué? Hubieran llevado á cabo su propósito, y habrían retrocedido á la vista de la miseria de que se halla rodeado un hombre que á los ochenta años tiene la *desgracia* de conservar el vigor de la juventud, no por obra de la holganza y el regalo, sino merced á la divina gracia.

Como ya es de rigor en toda asamblea burguesa, en el referido Congreso también se ha tratado de los medios de contener el desarrollo de las doctrinas subversivas é impías que envenenan las conciencias de los obreros y amenazan hundir en los abismos los restos de la sociedad capitalista.

El encargado de llevar el sobresalto á las repletas panzas de tanto *ilustrísima* con la alusión al socialismo, fué un Sr. Moret, no el que con este nombre representa la verdadera *tía Javiere* del protectorado obrero, sino un catedrático auxiliar de la Universidad, celoso quizá de los triunfos de su tocayo.

De la eficacia de los medios propuestos por este buen señor en su Memoria no hay que dudar un momento; bastará consignar uno sólo, el que aparece en primer lugar, y que dice así: «Combatir el lujo y los gastos superfluos.»

Una vez conseguido esto, que es sumamente sencillo, ¡adiós pauperismo, adiós amenazas socialistas! Pero ¡ah! que todo eso es cháchara necia y ridícula.

¡Hablar de lujo en un recinto que llaman sagrado y que se ha engalanado con riquísimos adornos!

¡Hablar de lujo en una reunión donde obispos y cardenales ostentan valiosas vestiduras en prueba de humildad!

¡Hablar de lujo en un sitio donde aristocráticas devotas lucen tesoros de alhajas!

¡Hablar de gastos superfluos los que consumen el cuantioso presupuesto del clero, una de las más costosas y nocivas superfluidades que pagan los trabajadores!...

Gracias que, previendo sin duda las sandeces católicas, los organizadores del Congreso, apelando al recurso con que el maestro del sainete disimulaba los desatinos de Joaquinito Rodajas, han dispuesto que amenice las sesiones una orquesta, para poder gritar oportunamente:

—¡Música! ¡Música!

Que es á lo que en definitiva quedarán reducidos los sermones de los congresistas y sus pretensiones de restauración del poder temporal del papa.

Mientras el episcopado y sus acólitos se distraen en asambleas inocentes, que no tienen otro alcance que justificar el salario que perciben, el socialismo avanza majestuoso en su camino, empujado por la fuerza incontrastable de los hechos.

Según datos oficiales, en el cuatrienio de 1859 á 1862, el promedio anual de los suicidios en España fué de 223, y en el quinquenio de 1883 á 1887 se elevó á 443; es decir, que en tan corto espacio de tiempo el promedio casi se duplicó, y esto sin contar con 150 tentativas de suicidio.

Ahora que venga todo el Sacro Colegio á contrarrestar toda la propaganda socialista que se desprende de esos números.

Y de paso, convenza de la eficacia de la caridad cristiana á esos 2.000 emigrantes que en un solo buque acaban de abandonar *su patria*, y á esos otros 5.000 que en Málaga esperan embarque.

Y después díganos si no está ya á punto de estallar la mina que amenaza sepultar el régimen capitalista, con toda su cohorte laica y religiosa.

Lo ocurrido recientemente en Viena también es otro síntoma favorable á los que pregonan la inmutabilidad de los fundamentos sociales.

Como que para reprimir una simple huelga no ha tenido el Gobierno que echar á la calle nada más que once batallones de Infantería y dos de Caballería.

Con lo cual se restableció el orden en... Varsovia, y la burguesía austriaca sabe ya á qué atenerse sobre la tranquilidad que para el porvenir le ofrece una población obrera que tales síntomas de rebelión presenta.

Decididamente, vivimos en el país clásico de doña Baldomera, de la *acción popular*, de la Comisión de Reformas sociales y de tantos otros timos más ó menos ingeniosos.

Decimos esto, porque acaba de publicarse en Madrid un periodiquito por el estilo de aquellos que hace dos ó tres años sacaron de apuros á algunos *ratas* periodísticos, ofreciendo *sorpresas* maravillosas á sus compradores.

Pero ahora no se trata de obsequiar al público con baratijas de quincallería, sino nada menos que de asegurar á los obreros de los accidentes del trabajo.

Y como si esto fuera poco, además se les agasaja con un género de literatura de un efecto efficacísimo contra el insomnio.

Añadid á esto la misión que se ha impuesto el tal periódico de predicar la armonía entre capitalistas y obreros, y decid si tanto sacrificio no merece los plácemes más sinceros.

No, y lo que es en eso de las *armonías* es buen voto en la materia: como que podría contarnos cómo se las arregla algún muchacho de la clase de *listos* para *armonizar* el desempeño de dos destinos incompatibles ante las mismas leyes burguesas.

¡Ah! Para que veamos que sabe *distinguir*, el novel periódico, que se llama defensor de la clase trabajadora, dirige un saludo «á la prensa de respetabilidad», no á los pelagatos de la misma.

¡Cómo le habrá conmovido á *El Imparcial* este testimonio de gratitud!

Entre las muchas enseñanzas que del proceso de la calle de Fuencarral va sacando el pueblo trabajador, no es la menos aprovechable la que resulta del conocimiento del periodismo burgués.

No nos referimos á la parte que en dicho proceso tienen ex periodistas como Millán Astray, Blay y otros, sino al pugilato establecido entre *sensatos* é *insensatos*, esto es, entre los que explotan el negocio y los que no le sacan un perro chico.

¡Quién no ha leído esa serie de sueltos enigmáticos en que *El Liberal* contesta sin nombrarle á los repetidos puyazos con que un *sensato* viene amargando sus éxitos mercantiles?

Pues ahora allá va una muestra de las indirectas con que le obsequia el periódico aludido, que no es otro que *El Día*.

Simulando una carta del *Cachaperin*, dice entre otras lindezas:

Pero por todo paso, y crea usted que no me quejaria si no se me atribuyera una intención tan perversa como la de alzarme con las listas de suscritores de un periódico á quien debiera un pedazo de pan, para fundar con ellas otro periódico que le hiciese la competencia.

Estoy preso por robo, es verdad, aunque me esté mal el decirlo; pero en todo hay sus más y sus menos, y hasta en lo de robar puede haber su dignidad, aunque usted no lo crea.

Le puede a uno gustar lo ajeno sin poderlo remediar, y muchas veces se roba hasta por vergüenza y para mantener con el decoro de la clase á la familia; pero una cosa es el robo y otra la charranada, y yo, que pongo por caso, á otro como yo, que no dudaría en apoderarse del reloj de un desconocido, aunque fuese de esos que solo valen dos ó tres duros, soy incapaz, y puede usted creerlo por estas que son cruces, de quedarme con nada de un amigo, y mucho menos de un protector.

El Liberal da un respingo que demuestra que su querido colega le ha dado en la madadura, y replica *El Día* ofreciéndole el siguiente *letrero* para su establecimiento:

Se buscan alhajas y se levantan muertos. — Grandes medios de publicidad: aparatos anunciadores que tenemos contratados con el Ayuntamiento. — Periódico dispuesto á colgarle á cualquier hijo de vecino el asesinato de su madre á cambio de unos cuantos perros chicos. — Privilegio para las inspiraciones de Ramos Querencia y concurso decidido del sastre Nieto. — Se procura vencer las grandes repugnancias que á entrar en la empresa muestra *El Cachaperin*, por razones de delicadeza. — Se facilitan listas para fundar periódicos, si se pagan á buen precio, pues se ha necesitado mucha premeditación y alevosía para sus traerlas, etc., etc., etc.

Ahora con añadir por nuestra cuenta que la *charranada* se refiere á la que los redactores de *El Liberal* jugaron al propietario de *El Imparcial* cuando fundaron aquél, quedan enterados nuestros lectores, y convencidos todos de que para pintar al periodismo no hay plumas mejores que las de los mismos del oficio.

INFLUJO DEL SOCIALISMO

La prensa burguesa, que sólo tiene inteligencia y vista para descubrir lo que puede llevar á su caja crecidas sumas, aunque sea á costa de los intereses de la clase á quien sirve, ha acogido con alborozo y tributándole grandes aplausos al proyectado Congreso de reformas sociales que el Fomento de las Artes piensa verificar en Madrid, no en esta primavera, como en un principio se dijo, sino en el próximo otoño.

Tal alegría y entusiasmo los fundan los periodistas vendidos á la clase explotadora en la creencia de que dicho Congreso será una especie de muralla que contendrá el desarrollo del socialismo en España, ó que impedirá, como dice *El Liberal*, que se caiga en el error de «poner la esperanza en esas alborotadas reuniones del teatro Felipe, cuyas apasionadas protestas y declamaciones vagas y censuras sin fundamento, no determinando necesidad ni remedio, sirven tan sólo para traer preocupaciones y miedos contra derechos y reformas positivamente recomendables».

Sin embargo, nada más distante de la realidad que semejante creencia. La celebración del Congreso de reformas sociales, si prueba algo, es que el socialismo hace sentir su fuerza á los privilegiados y que les obliga á ocuparse, con más ó menos sinceridad, de las cuestiones obreras que él ha puesto sobre el tapete. Cuanto a sus resultados para la clase trabajadora en lo futuro, no cabe fundar esperanzas en él; pero sean los que fueren, no podrán detener en lo más mínimo la marcha revolucionaria de los asalariados ni impedir que las ideas socialistas se filtren por todas partes.

Demostremos ambas afirmaciones.

No es de ahora, es de hace bastantes años que los esclavos del capital se hallan en situación pésima, sufren toda clase de privaciones, carecen de lo más indispensable para la vida y vense acosados á todos instantes por el espectro del hambre.

¿Por qué entonces los Moret y los Labra no se han acordado de las informaciones obreras y de los Congresos de reformas sociales? ¿Por qué entonces no han representado la comedia de querer templar los rigores de la explotación, sanear las fábricas, reglamentar el trabajo de la mujer y del niño, socorrer á los obreros inválidos y adoptar disposiciones que disminuyeran los accidentes desgraciados en las obras, talleres y demás lugares donde se saquea á los trabajadores?

Pues por la sencilla razón de que por esos tiempos, aunque los proletarios sufrían casi lo mismo que ahora, en los cerebros de la mayoría de ellos no se albergaba ninguna idea verdaderamente revolucionaria, el socialismo apenas se conocía y todo se esperaba de las soluciones políticas de la burguesía avanzada. En este estado, la clase trabajadora ni se

mostraba airada con los privilegiados ni establecía ninguna separación entre éstos y ella. Iba donde la llevaban sus enemigos y hacía lo que ellos querían.

Hoy no sucede ya eso: la lucha entre pobres y ricos se proclama abiertamente, el ideal de muchos y muchos desheredados es su emancipación económica ó la muerte del capitalismo, su actitud francamente revolucionaria, su aspiración inmediata la conquista del poder político y sus reclamaciones diarias el planteamiento de medidas que limiten la explotación patronal y mejoren moral y materialmente la condición del asalariado.

Ante esto, y sobre todo ante la afirmación rotunda de que el programa socialista ha de realizarse, no por extraños tutores, sino por los mismos explotados, ¿qué ha tenido que hacer la burguesía? Inventar informaciones obreras y Congresos de reformas sociales, creyendo, aunque equivocadamente, que de esa manera calma el espíritu revolucionario de la clase trabajadora.

Luego esos actos, tan estúpidamente alabados por los periódicos burgueses, no los lleva á cabo la clase parásita espontáneamente, con entera libertad, sino que le son impuestos, le obligan á tomarlos las ideas socialistas, siendo, por consiguiente, más que motivo de albricias para los privilegiados, causa de temor y de alarma.

Y esto no lo decimos solamente nosotros, lo dicen también nuestros propios enemigos, que no pueden hablar sin contradecirse.

Bismarck, al apoyar sus proyectos simulando mejorar la situación de los trabajadores alemanes, daba como razón principal que con ellos desarmaría á la Democracia Socialista y le quitaría gran número de adeptos. Lo que equivalía á decir que á no ser por combatir á nuestros correligionarios no se le hubiera ocurrido presentar tales proyectos.

Moret, en el preámbulo del decreto creando la Comisión que había de estudiar las cuestiones que directamente interesan á la mejora de las clases obreras, decía:

No era posible prolongar esta situación sin menoscabo de la paz pública. Numerosos síntomas revelan que las clases obreras sienten el vivo estímulo de necesidades que importa remediar, ó aliviar cuando menos, á la vez que sienten el capital inquietudes justificadas por hondas y continuas perturbaciones. Acudiendo el obrero á los grandes medios que el derecho moderno ha puesto á su alcance, reclama acceso y lugar entre los elementos de la vida pública; y como las libertades políticas no son á la postre más que modos de realizar el progreso, habría motivo para temer que las corrientes, hasta ahora pacíficas, por donde va encauzándose este movimiento, torcieran su rumbo de suerte que los males conocidos se agravasen con todos aquellos otros á que da origen la violencia, é hicieran así precaria la paz y las relaciones entre los dos grandes factores de la producción: el trabajo y el capital.

¿Se quiere una confesión más paladina de que el miedo, y sólo el miedo á la actitud revolucionaria de los trabajadores, á la influencia del socialismo, fué lo que hizo á Moret y al Gobierno de que formaba parte crear la Comisión de reformas sociales?

Pues oigamos ahora á *El Liberal*, que en el encomiástico artículo que consagra al Congreso iniciado por el Sr. Labra y patrocinado por el Fomento de las Artes, manifiesta lo siguiente:

El aspecto que, señaladamente en el extranjero, va tomando lo que se llama el problema social por la repetición de las huelgas, los debates de los Sindicatos y las protestas de los anarquistas, el Partido Obrero y aun cierta parte del socialismo alemán, ya no tolera que se mire el conflicto como un peligro lejano, y mucho menos que los pensadores y estadistas se reduzcan á examinar y discutir el punto en el terreno de la ciencia ó como una teoría de academia.

Es decir, que si el conflicto engendrado por el socialismo moderno no constituyera un peligro inmediato para los intereses del capitalismo, maldita la falta que hacía la celebración del susodicho Congreso.

Creemos innecesario decir más en demostración de que ni la obra del Sr. Moret ni la que proyecta el Sr. Labra han sido inspiradas por el deseo de mejorar la situación de los asalariados, sino que, ante el creciente desarrollo del socialismo, se han visto forzados á acometerlas.

Pasemos ahora á examinar el resultado que dará el futuro Congreso de reformas sociales.

¿Cuál ha dado hasta la fecha la Comisión creada por el Sr. Moret, Comisión que cuenta ya más de cinco años de existencia? En el sentido de mejorar materialmente el estado de la clase trabajadora, ninguno. Los dos proyectos de ley que ha propuesto —el de socorro á obreros inválidos y el de reglamentación del trabajo para la mujer y el niño—ni pueden ser peores ni rigen todavía.

Pues lo mismo ha de sucederle al antedicho Congreso: las reformas que adopte y que presente á los poderes públicos ni valdrán gran cosa, ni, de ser pronto ley, se cumplirán, como no se cumple la de 1873 referente al trabajo de los niños. ¿Qué valor podrán tener unas reformas dictadas por elementos burgueses, que serán los que constituyan la mayoría del Congreso citado? Y caso de que valieran algo, ¿cómo han de velar por el cumplimiento de ellas los

Gobiernos de la clase dominante, cuando ni ahora ni nunca ha sido esa su misión?

No, las leyes que beneficiarán de veras á los trabajadores serán aquellas que dicten los mismos interesados y que, por su fuerza, por su sola fuerza hagan cumplir las masas obreras á los representantes políticos de la burguesía; que es precisamente por lo que trabaja hoy en primer término el socialismo revolucionario.

Por lo tanto, el Congreso de reformas sociales no producirá otro beneficio para los trabajadores que la propaganda que puedan hacer por medio de él los representantes de las Sociedades de resistencia que sean invitadas al mismo y acuerden asistir. Dichos delegados, como es natural, habrán de atacar las ideas que sustentan los burgueses acerca de las relaciones entre el capital y el trabajo y defender la incompatibilidad que existe hoy entre uno y otro.

Mas dando de barato que ocurriese lo contrario, admitiendo—y es mucho admitir—que de tal Congreso salieran para la clase proletaria algunas soluciones provechosas, ¿dañaría esto al socialismo? No: primero, porque el mérito sería de él, que por su fuerza é importancia obligaba á la burguesía á ceder un poco de sus privilegios; después, porque cuanto más se reduzca hoy la explotación de los trabajadores más se les facilita la defensa de sus intereses y la comprensión de las teorías socialistas.

Alborócese, pues, cuanto quieran los escritores burgueses con la celebración del Congreso que proyecta el Fomento de las Artes; pongan en las nubes la feliz iniciativa del Sr. Labra, pues procediendo así, aunque otra cosa crean, no hacen más que reconocer la presión que actualmente ejerce en la burguesía y sus servidores el socialismo revolucionario y lo próximo que se halla el día de su completo triunfo.

UNA PRUEBA MÁS

A los que se fían de la palabrería de los republicanos burgueses, á los que creen que dentro de la forma republicana los derechos de todos son iguales y no es posible esclavitud ninguna, política ni económica, les recomendamos pasen la vista por el siguiente escrito publicado por la prensa del Perú, á fin de que se hagan cargo de la desdichada vida que llevan en la república peruana los indígenas.

Consideramos que el conocimiento de estos hechos, como el de otros que damos con frecuencia á la publicidad ocurridos también en países regidos republicana-mente, han de arrancar las pocas ilusiones que quedan ya á algunos trabajadores acerca de lo que pueda ser para los explotados esta forma de gobierno.

He aquí el escrito á que nos referimos:

«Nacen los indios como nacen las bestias, entregados por completo á los rigores de la naturaleza; no tienen ni siquiera el consuelo del salvaje, que, merced á su libertad, busca con instinto animal el árbol ó la piedra que le puede favorecer: el indio nace allí donde el patrón ha querido señalarle su puesto para morir con el dogal al cuello: es como el hijo de un galeote condenado á cadena perpetua y á trabajo forzado.

«Envuélvelo la madre en el viejo retazo de su anaco ó en la falda del desgarrado colón, que el tiempo ha hecho inservible para el padre.

«En miserables chozas, entre la pirca de una casucha, por cuyas aberturas silba el viento á toda hora y por cuyo techo de paja penetra el aguacero, ve la luz el hijo del peruano, y gracias si halla sobre el húmedo suelo ó la desmantelada barbacoa un mal pellejo en que dormir.

«No puede alimentarle el pecho escuálido, y en sus horas de hambre se amamanta junto con los cabritos ó los perros.

«En vez del arrullo de una madre feliz y de esos cánticos dulcísimos que se hacen escuchar cerca de la cuna de los afortunados, oye los tristes acentos de la *quena* y el rugido de las tempestades del cielo.

«Crece entre los animales, chapuzando con sus manecitas el fango en que se revuelcan los puercos, ó embadurnándose con el estiércol de la *majada*.

«Gatea por entre las patas del ganado; le olfatean los animales y le maltratan; llora con desesperación y se fatiga, sin que nadie le levante del suelo.

«Cuando está grandecito, da lástima verle tras las ovejas, envuelto en el mismo pañal en que nació, enseñando á través de jirones sus carnes tostadas por el sol, cubierta la cabeza con un pedazo de sombrero sin falda, los cabellos enmarañados como la crin de caballo montaraz, ocultada la frente, descalzos sus pequeños pies, amoratado por el frío, mirando estupefacto á los transeuntes, como si en lenguaje mudo les dijera: —¡Y ustedes son mis semejantes!...

«¿Cuál es el destino de esta criatura?

«Servir con los perros para custodiar el ganado; crecer para continuar en la esclavitud de sus padres.

«Feliz el que consigue que el patrón ó los niños del patrón se aficionen de él; al fin tendrá la dicha de pasar de la intemperie de las *punas* á las regalías de la casa de hacienda; allí, ¿qué mayor dicha que lavar platos, servir á la mesa y soportar los golpes del amo por quitá allí esas pajas?

«Es el coimo de la felicidad.

—¿Que más quieres, indio!—dice el patrón a los padres del sirvientillo;—tu hijo está con zapatos.

«Sí, taitito; Dios se lo pague—contestan con los ojos bajos los infelices, viendo con pena al que debía ser la alegría en su choza.

«Así nacen, crecen y viven los hijos de los indios.»

LA COMMUNE DE PARÍS

DE 1871

(Continuación)

XXVII

El furor versallés.—Los mataderos.—Los tribunales militares.—Muerte de Varlin.—Las sepulturas.

«Somos hombres honrados y haremos justicia aplicando solamente las leyes ordinarias. Sólo recurriremos a la ley.»
(Thiers a la Asamblea Nacional, 22 de mayo de 1871.)

El orden reinaba en París. Ruinas, muertes e incendios por do quiera. Los oficiales ocupaban el centro de las calles, provocativos, arrastrando los sables por el arroyo, y los sargentos imitaban su arrogancia. Los soldados vivaqueaban en todas las grandes vías, y algunos de ellos, embotados por el cansancio y la carnicería, dormían en las aceras. Otros preparaban la sopa junto a los cadáveres cantando canciones.

Los fusiles, las cartucheras, los uniformes de todas clases formaban montones en los arroyos de los barrios populares. Sentadas en las puertas de las casas, muchas mujeres miraban fijamente ante ellas, aguardando al hijo ó al marido que no debía volver.

En los barrios ricos, la turba capitalista aullaba de gozo. Los tráfugas de ambos sitios, los manifestantes de la calle de la Paix, muchos emigrados de Versalles habían vuelto a tomar posesión de los bulevares. Desde el jueves, aquel populacho de levita y guantes corría tras los prisioneros, victoreando a los gendarmes que conducían los convoyes y aplaudiendo el paso de los carros fúnebres. Los paisanos rivalizaban en desenvoltura y crueldad con los militares, y algunos de ellos, que no habían pasado del café Helder, referían la toma del Château-d'Eau y se alababan de haber fusilado cada cual una docena de prisioneros. Damas elegantes y alborozadas iban, como a una diversión, a contemplar los cadáveres, y para gozar más a su sabor de la vista de los valerosos muertos, levantaban con la punta de las sombrillas sus últimas vestiduras.

«¡Habitantes de París—decía Mac-Mahon en su proclama del 28, a las doce del día—París está rescatado! La lucha ha concluido. El orden, el trabajo y la seguridad van a renacer.»

«París rescatado» fué descuartizado en cuatro trozos ó distritos militares a los órdenes de los generales Vinoy, Ladmirault, Cisse y Douay, y puesto bajo el régimen del estado de sitio, que la Commune había levantado. No hubo en París más que un Gobierno: el ejército que fusilaba a los parisienses. Los transeúntes se vieron forzados a derribar las barricadas, y la menor señal de impaciencia ó descontento era castigada con la detención, y la más leve imprección con la muerte. Anuncióse que toda persona que se encontrase en posesión de un arma sería citada inmediatamente ante un Consejo de guerra, y que cualquiera casa de donde se hiciese fuego sería entregada al saqueo y a la matanza. Todos los establecimientos públicos tuvieron que cerrar a las once de la noche, desde cuya hora sólo los oficiales de uniforme podían circular libremente, y las patrullas de caballería cruzaban las calles. La entrada de la ciudad era sumamente difícil y la salida imposible.

«Concluida la lucha», el ejército transformóse en un vasto piquete de ejecución. El domingo 28 más de 5.000 federados, que habían caído prisioneros en las cercanías del Père-Lachaise, fueron conducidos a la cárcel de la Roquette. Un comandante de infantería estaba a la puerta, miraba de arriba a bajo a los prisioneros y decía: «A la derecha ó a la izquierda.» Los de la izquierda iban al matadero. Después de vaciarles los bolsillos, los colocaban contra la pared y los fusilaban. Enfrente de la pared, dos ó tres clérigos murmuraban las oraciones de los agonizantes.

Desde el domingo al lunes por la mañana, sólo en la cárcel de la Roquette murieron de ese modo más de 1.900 personas. La sangre corría a gruesos borbotones por los arroyos de la prisión. Igual carnicería se repitió en el Père-Lachaise, en la Escuela Militar, en el parque Monceaux y en el Luxemburgo, donde los soldados, sin poder apenas tenerse en pie, apoyaban los fusiles hasta tocar el pecho de las víctimas. La pared en que éstas se habían apoyado estaba toda ella chorreando sesos. Los ejecutores se movían en un pantano de sangre.

Eran aquellos los asesinatos sin ambages y sin forma alguna de proceso. En otros puntos se llevaba a los prisioneros ante los Consejos de guerra, de que París estaba cubierto desde el lunes. Los oficiales de la Milicia Nacional honrada presidían ó asistían a los del ejército con el sable entre piernas y el cigarro en la boca. El interrogatorio duraba menos de medio minuto. «¿Ha tomado usted las armas? ¿Ha servido usted a la Commune? Enseñe las manos.» Cuando la actitud resuelta de un prisionero denunciaba un combatiente, ó si su semblante era antipático, sin preguntarle su nombre ni su profesión, ni tener en cuenta su edad, se le declaraba clasificado. «¿Y usted, y usted?», continuaban diciendo a uno tras otro, hasta el extremo de la cuerda, sin exceptuar mujeres, niños ni ancianos. Cuando un capricho cualquiera exceptuaba a un prisionero, se le daba el tí-

tulo de ordinario y se le reservaba para Versalles. Nadie quedaba en libertad.

Sin demora, los clasificados pasaban de manos de aquellos tribunales de asesinos a manos de los ejecutores, quienes los conducían al jardín ó al patio más inmediato. Desde el Châtelet, por ejemplo, eran conducidos al cuartel de Lobán, donde, cerradas las puertas, los gendarmes hacían fuego, sin agrupar siquiera sus víctimas delante de un piquete. Algunos, heridos solamente, corrían desahogados, y los gendarmes los cazaban como a fieras, quitándoles la vida a bayonetazos. Moreau, individuo del Comité Central, murió en una de aquellas salvajes ejecuciones. Sorprendido en la calle de Rivoli, fué llevado al Châtelet y fusilado al día siguiente.

La matanza proseguía de esta suerte, metódicamente organizada, en la Escuela militar, en el cuartel Duplex, en el Liceo Bonaparte, en las estaciones de los ferrocarriles del Norte y del Este, en el Jardín Botánico y en muchas alcaldías y cuarteles. Unos carros grandes de mudanza iban a buscar los cadáveres y los echaban en el jardín público ó en el terreno más inmediato.

Las víctimas morían sencillamente, sin fanfarronadas. Muchas de ellas se cruzaban de brazos y daban la voz de fuego. Mujeres y niños seguían al marido y al padre, gritando a los soldados: «¡Fusiladnos con ellos!» Y los fusilaban. Se vió más de una mujer, hasta entonces ajenas a la lucha, que, exasperadas por tan feroz carnicería, salieron a la calle, y después de dar de bofetadas a un oficial, fueron a colocarse contra la pared, aguardando la muerte.

Toda persona de alguna notoriedad popular estaba segura de morir. El doctor Tony-Moilin, que no había representado ningún papel durante la Commune, pero que había estado complicado en varias causas políticas en la época del Imperio, fué, en unos cuantos minutos, juzgado y condenado a muerte, «no porque hubiese cometido ningún delito que le mereciera—tuvieron á bien declarar sus jueces—sino porque era un jefe del partido socialista, uno de esos hombres que un Gobierno prudente y hábil debe suprimir cuando se le presente ocasión legítima.» Los radicales, cuyo odio a la Commune estaba suficientemente demostrado, no se atrevieron a poner los pies en París, por temor de verse envueltos en la matanza.

Como el ejército no tenía ni policía organizada ni informes exactos, mataba a diestro y siniestro. El primer transeunte que llamaba a otro dándole un nombre revolucionario, pronunciaba de hecho su sentencia de muerte, y los oficiales lo mandaban fusilar, ávidos de ganar la recompensa. Así fusilaron a un falso Billioray, a pesar de sus protestas desesperadas. El Gaulois publicó la narración de un cirujano militar que conocía a Vallés y había asistido a su ejecución. Testigos oculares afirmaron haber visto fusilar a Lefrançois el jueves, en la calle de la Barque. Pues bien, el verdadero Billioray fué juzgado el mes de agosto, y Vallés y Lefrançois pudieron pasar al extranjero. Otros miembros y empleados de la Commune fueron fusilados así, una ó varias veces, en la persona de individuos que se les parecían más ó menos.

Varlin, por desgracia, no pudo escaparse. El domingo 28 fué conocido por un clérigo en la calle de Lafayette, preso inmediatamente y conducido, ó mejor dicho, arrastrado hasta el pie de la montaña de Montmartre, a presencia del comandante general. El verdugo versallés mandó que lo fusilasen en la calle de Rosiers. Paseáronle por las calles de Montmartre durante una hora, una hora larga, con las manos atadas por detrás, bajo una granizada de golpes y de injurias. En poco tiempo, su frente joven y mediatunda, que no había abrigado jamás un pensamiento cruel, destrozada á sablazos, no fué más que un horrible cuajarón de sangre, de donde colgaban tiras de carne enrojecida. Un ojo pendía fuera de la órbita. Al llegar a la calle de Rosiers, ya no andaba, lo llevaban en volandas. Para fusilarlo hubo que sentarlo en el suelo. Los infames reventaron su cadáver a culatazos.

El monte de los Mártires no cuenta ninguno más glorioso. Sirvale de sepulcro el gran corazón de la clase obrera. Toda la vida de Varlin es un ejemplo digno de imitar. Se había formado solo, con el encarnizamiento de la voluntad, consagrando por las noches al estudio las pocas horas que deja libre el taller, aprendiendo, no para pasarse a la burguesía como otros, sino para instruir y emancipar a sus compañeros. Varlin fué el nervio de las asociaciones obreras de los últimos años del Imperio. Infatigable, modesto, hablando poco y siempre a punto, y esclareciendo, cuando hablaba, con una sola frase, la enmarañada discusión, había conservado íntegro el sentido revolucionario, que suele embotarse en los obreros instruidos. Uno de los primeros en la jornada del 18 de marzo, asiduo al trabajo durante toda la Commune, estuvo en las barricadas hasta el último momento.

Los momento periodistas versalleses, que habían entrado en París con el ejército y lo siguieron como chascas, vomitaron sus acostumbradas calumnias sobre el cadáver del héroe socialista, afirmando que se le habían encontrado en los bolsillos centenas de miles de francos. Pocos días después, un diario burgués de provincias, el Ariégeois, menos contaminado sin duda del histerismo sanguinario que enloquecía a los órganos de la prostitución parisiense, publicó el texto del parte dirigido al coronel del 67.º regimiento de línea por el teniente Sire, que había preso a Varlin y mandado el piquete de ejecución; de cuyo parte tomamos las siguientes líneas, en respuesta a las infames calumnias de los periódicos burgueses:

«Registrado su cadáver encontramos una cartera va-

cia con su nombre, un portamonedas conteniendo 284 francos y 15 céntimos, un cortaplumas, un reloj de plata y la tarjeta del llamado Tridon.»

Más adelante, los mismos detractores de la Commune se han visto obligados a reconocer la generosidad de sentimientos y la absoluta abnegación del mártir de Montmartre. Máximo du Camp, que es uno de los más violentos é injustos, no ha podido contener su emoción al narrar aquella dolorosa agonía, aquella interminable subida del moderno calvario y sobre todo aquella muerte serena y aquella fiera digna de Scévola.

El furor sanguinario de los periódicos burgueses iba en aumento. Todos ladraban á la vez contra los trabajadores vencidos. Lejos de contener el degüello, lo fomentaban, publicaban los nombres, las madrigueras de los que había que cazar y no escaseaban las invenciones para sostener el terror furioso de la burguesía. Después de cada hecatombe gritaban con más fuerza.

Podría citar muchas páginas, pero me limitaré a tomar varias líneas al acaso:

«Es necesario dar caza a los comuneros.»—(Bion Public.)

«Ni uno solo de los malhechores en cuyas manos ha estado París durante dos meses, debe ser considerado como hombre político: se les tratará como a bandidos que son, como a los monstruos más espantosos que registra la historia de la humanidad. Varios periódicos hablan de levantar el cadalso que ellos destruyeron, para no hacerles ni siquiera el honor de fusilarlos.»—(Moniteur Universal.)

«¡Vamos, hombres de bien! Un esfuerzo para acabar con la polilla democrática é internacional.»—(Figaro.)

«Esos hombres que han matado por matar y por robar, están en nuestro poder, y les contestaremos: ¡clemencia! Esas mujeres repugnantes que escarbaban á puñaladas el pecho de nuestros oficiales moribundos están en nuestro poder y les diremos: ¡clemencia!»—(Patrie.)

La muerte misma sobrecitaba la ferocidad de los verdugos. Un testigo ocular refiere que, cerca de la alcaldía del 11.º distrito, en medio de cincuenta cadáveres de defensores de la Commune, que acababan de fusilar, vió una mujer tendida en la acera, con las faldas levantadas, y de cuyo vientre abierto salían los intestinos. Un soldado de infantería de marina entreteníase en devanarlos con la punta de la bayoneta. Los oficiales, que estaban á dos pasos, le dejaban proseguir su inocente diversión. Para deshonorar á sus víctimas, los vencedores les habían puesto en el pecho los letreros de asesino, ladrón, borracho, y hasta habían introducido cuellos de botella en la boca de algunos muertos.

¿Cómo es posible justificar tan inaudita barbarie? Las relaciones oficiales revelan muy pocos muertos versalleses. La furia versallesa no tenía, pues, la excusa de las represalias. Cuando un puñado de exasperados, para vengar á millares de hermanos, fusilaban sesenta y cuatro encarnizados enemigos, de más de trescientos que tenían en su poder, la hipócrita burguesía se cubre la faz, y protesta en nombre de la justicia. ¿Qué dirá esa justicia cuando se forme el proceso de los que, metódicamente, sin ansiedad sobre el resultado de la lucha, y sobre todo la lucha ya terminada, fusilaron á más de veinte mil personas, cuyas tres cuartas partes no habían combatido?

A lo menos en los soldados se advirtieron como relámpagos de humanidad, y vieronse algunos de ellos volver cabizbajos de las ejecuciones. Pero los oficiales no flaquearon ni un minuto en su ferocidad. Aun después del domingo, sacrificaban prisioneros á centenas y gritaban «¡bravo!» como en el teatro, á cada ejecución. Lejos de conmovérles el valor de las víctimas, que llamaban «insolencia», los embriagaba de furor.

Al fin, el olor de la carnicería empezaba á sofocar á los más frenéticos. El temor de la peste, no la piedad, los detuvo. Millares de moscas carbuncosas volaban de los cadáveres putreficados. Las calles se cubrían de pájaros muertos. En algunos, los cadáveres invadían todo el arroyo, mirando á los transeúntes con sus ojos sin vida. En el faubourg de Saint Antoine se les encontraba á cada paso en montones medio blancos de cloro. En la Escuela Politécnica cubrían una extensión de cien metros de largo por tres de alto. En Passy, que no era uno de los principales centros de ejecución, había mil doscientos cerca del Trocadero. Los que yacían envueltos en un leve sudario de tierra mostraban también sus lúgubres perfiles. La lluvia y el calor habían acelerado la fermentación y los cuerpos hinchados reaparecían. Los periódicos se asustaron. «Hay que impedir, dijo uno de ellos, que esos miserables que tanto daño nos han hecho en vida, puedan dañarnos también después de muertos.»

Los mismos que habían atizado el degüello dijeron: «¡Basta!»

Las ejecuciones disminuyeron y el barrido principió. Carruajes de todas clases, coches, carros, ómnibus sirvieron para recoger los cadáveres. Jamás se habían visto, desde las famosas pestes de Londres y Marsella, semejantes carretadas de carne humana. Aquellas exhumaciones demostraron que muchas personas habían sido enterradas vivas. Incompletamente fusiladas y echadas en el montón de muertos á la fosa común, habían comido tierra y manifestaban las contorsiones de una violenta agonía. Ciertos cadáveres fueron recogidos á pedazos. Hubo que meterlos á toda prisa en vagones cerrados y conducirlos al cementerio de Montparnasse, donde inmensas sepulturas, llenas de cal, recibieron aquella podredumbre.

Los cementerios de París absorbieron cuanto fué posible. Las víctimas hacinadas llenaron anchas y profun-

das fosas en el Père-Lachaise, en Montmartre, en Montparnasse, donde la piadosa memoria del pueblo va á buscarlos todos los años. Otras fueron transportadas fuera de la ciudad, á Charonne, á Bagnolet y á diferentes pueblos de las cercanías, donde se utilizaron las trincheras del primer sitio.

El enterramiento de tan extraordinario número de cadáveres sobrepujo en breve todas las fuerzas y hubo que quemarlos en las casamatas de las fortificaciones. En las alturas de Chaumont, los cuerpos amontonados en pilas enormes é inundados de petróleo fueron quemados al aire libre.

Los fusilamientos en masa duraron hasta los primeros días de junio, y las ejecuciones ordenadas por los Consejos de guerra hasta mediados del mismo mes. Durante mucho tiempo dramas misteriosos se representaron en el bosque de Boulogne. Jamás se sabrá á punto fijo el número de las víctimas de la Semana Sangrienta. El jefe de la justicia militar, general Aspert, confesó 17.000 fusilados. El Ayuntamiento de París pagó los gastos de sepultura de 17.000 cadáveres; pero, según hemos dicho, un gran número fueron transportados fuera de París ó quemados. Puede decirse, por lo tanto, sin ninguna exageración, que, en París solamente, ascendieron á veinte mil, sin contar las de Versalles.

En muchos campos de batalla se han visto más muertos; pero éstos, á lo menos, habían sucumbido en el furor de la pelea. El presente siglo no ha presenciado semejante matanza después del combate, ni la historia de las guerras civiles registra nada parecido. La noche de San Bartolomé, junio del 48, el 2 de diciembre formarían, todo lo más, un episodio de las matanzas de mayo. Los mismos espantosos verdugos de la Roma antigua y de los tiempos modernos se desvanecen ante el general Mac-Mahon, duque de Magenta. Sólo las hecatombes de los vencedores asiáticos, las fiestas de Dahomey, pueden dar una idea de esta carnicería de proletarios.

Tal fué la represión «por medio de las leyes y con las leyes». Y mientras llevaba á cabo tan monstruosas atrocidades, la burguesía, levantando al cielo sus manos enrojecidas trataba de sublevar al mundo entero contra un pueblo que, después de dos meses de poder y del asesinato de miles de hermanos, había derramado la sangre de sesenta y cuatro prisioneros.

Todos los poderes sociales cubrieron con sus aplausos el estertor de las víctimas. El clero, eterno consagrador de asesinatos, celebró la victoria con un *Te Deum* solemne, á que asistió la Asamblea en masa.

(Se continuará.)

CONFERENCIAS SOCIALISTAS EN BARCELONA

Conforme estaba anunciado, el sábado 20 del pasado abril se celebró en el Círculo Socialista de esta población la primera conferencia, que desarrolló el compañero Caparó.

Comenzó su tarea dedicando algunos párrafos á la memoria de Carlos Marx, cuyo busto en yeso, labrado por el joven é inteligente artista de gran porvenir, Rebarter, se inauguraba aquella noche, y está destinado á presidir todos los actos de alguna importancia del Círculo.

Entrando de lleno en el desarrollo del tema, hizo un estudio histórico de la decadencia del sistema feudal y del principio, desarrollo y triunfo definitivo, con la Revolución del 89, del poderío burgués. Demostró cómo coincidió dicho triunfo con el desarrollo del maquinismo, que le ha dado posteriormente toda la fuerza é importancia que ha llegado á alcanzar. Hizo notar que, cumplida la misión histórica de la clase capitalista, que era socializar los medios de producción, se advierten ya los síntomas de su decadencia en sus vicios, en su inutilidad y en la corrupción que la domina.

Pasando á examinar el origen y desarrollo de las ideas socialistas, recordó como antecedentes á Babeuf y la Conjunción de los Iguales. Citó á continuación á Fourier, Saint-Simon, Roberto Owen y demás representantes del socialismo utópico, viniendo por fin á ocuparse con extensión de las doctrinas admirablemente sintetizadas por el gran pensador Marx.

Estudió separadamente los procesos seguidos por la burguesía y la idea socialista, hizo consideraciones acerca del aspecto que ofrece la sociedad actual, hondamente perturbada y viciada por el imperfecto régimen que la gobierna. Ocupóse con tal motivo de las dolencias, tanto físicas como morales, que la afligen, poniendo de relieve los vicios y crímenes de la clase opresora y las miserias de la oprimida.

Detalló las vicisitudes á que está sujeto el pequeño burgués, condenado indefectiblemente á caer en el proletariado, y que ha de ser uno de los más importantes elementos con que cuenta el socialismo para su triunfo.

Hablando de la familia proletaria, consagró algunos párrafos á pintar el triste espectáculo que ofrece la mujer, arrancada del hogar y separada de sus hijos para ir á ser víctima de la tiránica explotación y abusos del burgués.

Dijo que sólo el Partido Socialista podía acabar con estos males, y lo demostró analizando la conducta seguida por los partidos burgueses, en especial los republicanos, que si en un tiempo trataron de halagar con palabras al proletariado para que éste les prestara su apoyo, hoy no se preocupan en lo más mínimo de la suerte del trabajador, y riñen batalla ruda contra el Partido Socialista, calumniando á sus hombres, ya que no pueden destruir la verdad de sus ideas.

Hasta aquí la conferencia, á la que siguieron algunas preguntas de los compañeros Martínez, Reoyo y Mir Pargas, contestadas acto seguido por el conferenciante, después de lo cual se dió por terminado el acto, que resultó interesante y seguramente provechoso para la numerosa concurrencia que acudió á oír al compañero Caparó.

MOVIMIENTO POLÍTICO

ESPAÑA

Játiba.—La Agrupación socialista setabense aumenta sus fuerzas, á pesar de la guerra que le hacen todos los elementos burgueses.

Burgos.—En esta localidad nuestro Partido hace numerosos prosélitos. En vista de ello, la Agrupación socialista burgalesa, en su última junta general, ha acordado establecer un Círculo, que servirá de foco de propaganda. En él se darán conferencias todas las semanas. También han acordado nuestros correligionarios de Burgos consagrar parte de su actividad á organizar los obreros para que luchan con éxito con los poseedores del capital.

¡Bien por los socialistas burgaleses!

Bilbao.—El Comité de la Agrupación bilbaína ha nombrado una Comisión con objeto de ponerse de acuerdo con los correligionarios de Sestao para dar el mayor desarrollo á la Agrupación de este punto.

Seguros estamos que nuestros compañeros de Sestao acometerán con empeño la obra en que se proponen ayudarles los socialistas bilbaínos.

BÉLGICA

Al Congreso del Partido Obrero belga, que se ha inaugurado en Jolimont el 21 del mes anterior, han asistido 120 delegados, que representaban 100 Sociedades y Círculos Socialistas.

Después de terminarse la primera sesión, el compañero Volders, delegado de Bruselas, ha dado una interesante conferencia.

ALEMANIA

Los socialistas del ducado de Weimar han verificado una gran reunión, á la que han asistido delegados de las ciudades más importantes de Alemania, particularmente de Hamburgo, Berlín y Halle.

La policía ha prohibido la celebración de un *meeting* acordado por aquéllos; pero los socialistas han resuelto que se celebre, aun cuando sea en uno de los pueblos inmediatos á Weimar.

—Los Comités socialistas de Halle se han puesto de acuerdo para enviar varios delegados á la Exposición de París.

El principal objeto de este viaje será ponerse de acuerdo con los socialistas franceses para impedir que surja guerra alguna entre Alemania y Francia.

—En el espacio de una semana han aparecido en Leipzig 22 folletos socialistas, de los cuales 5 han sido recogidos por la policía.

Uno de dichos folletos llevaba por título *La próxima Revolución y otro Unión socialista internacional*.

PARTIDO SOCIALISTA OBRERO

AGRUPACIÓN DE GRACIA

Esta Agrupación celebrará asamblea ordinaria el próximo viernes 10 de mayo, á las ocho de la noche, en la calle Torrente de las Flores, núm. 56, tienda.

Gracia, 28 de abril de 1889.—JUAN PALET, secretario.

MOVIMIENTO ECONÓMICO

ESPAÑA

Madrid.—La Caja central de la Federación Tipográfica contaba en 25 del pasado abril 1.936,78 pesetas, de las cuales tenía impuestas 1.700 en la Caja de Ahorros.

—La Sociedad de obreros en hierro y demás metales, «El Porvenir», celebra junta general ordinaria el día 8 del corriente, á las ocho de la noche, en el local de la Secretaría, Hernán Cortés, 8, principal.

Se tratarán en ella los siguientes puntos:

- 1.º Asuntos administrativos.
- 2.º Elección de presidente y vicepresidente.
- 3.º Proposiciones generales.

Dicha Sociedad tenía en caja en 1.º del pasado abril 3.672,86 pesetas.

Barcelona.—La Sociedad Tipográfica se componía á principios de abril próximo pasado de 213 individuos, y tenía en caja 2.598,65 pesetas, de las cuales pertenecían al fondo de resistencia 1.700,95 y 897,70 á atenciones generales.

Mieres.—Se han declarado en huelga los trabajadores de la fábrica de hierro, reclamando aumento de jornal. Aunque la Compañía ha cedido en parte á la demanda de los huelguistas, éstos se han negado á volver al trabajo mientras no se atiende por completo á su petición.

Esta huelga preocupa á las autoridades, habiendo salido para Mieres el gobernador interino de Oviedo.

Escritas las anteriores líneas, sabemos por los diarios burgueses que la huelga ha concluido.

PORTUGAL

Por exigir los directores de la Fábrica Social una condición que perjudica á la seriedad de los obreros, no ha terminado todavía la huelga de los sombrereros de dicha casa.

Sus compañeros de Braga y Lisboa han acordado ir en su auxilio si la huelga se prolonga.

—Ha acordado federarse con las demás Sociedades obreras de Oporto la Sociedad libre de sombrereros de dicha ciudad.

También la de tejedores trata de hacer lo mismo.

FRANCIA

Los sastres asociados de París han resuelto pedir á sus patronos un aumento de 5 céntimos por hora. Varias casas han accedido ya á lo que aquéllos reclaman.

INGLATERRA

Los representantes de 30.000 trabajadores de las minas han celebrado una reunión en Nottingham, acordando una huelga general á partir del 29 de junio próximo, si los patronos no acceden á un aumento en el salario de un 10 por 100 de los tipos actuales.

La principal razón que alegan los peticionarios es la creciente carestía de los artículos de primera necesidad, que cada día hace más difícil la situación del obrero.

CONFERENCIAS SOCIALISTAS

La segunda conferencia tendrá lugar el próximo sábado 4 de mayo.

Disertará el compañero Comaposada sobre el tema «El maquinismo y la grande industria como agentes impulsores del socialismo».

La tercera conferencia está á cargo del compañero José Cuadradas, verificándose el 11 de mayo.

Barcelona, 27 de abril de 1889.—P. la C., ANTONIO GARCÍA QUEJIDO.

VICTIMAS DE LA EXPLOTACION Y DE LA MISERIA

Al ser bajado por la escalera de la casa núm. 3 del paseo del Obelisco, para ser trasladado al Hospital, falleció un jornalero de 73 años de edad.

—En la fábrica de papel del *filántropo* D. Manuel María Santana, establecida en el paseo de las Yeserías, se cayó á un pozo de la fábrica un operario, que fué extraído cadáver.

—Un anciano intentó suicidarse en el paseo de Santa María de la Cabeza, tomándose una disolución de fósforo.

—Un joven de 24 años, casado y de oficio carpintero, intentó arrojarse por el viaducto por carecer de trabajo y no poder alimentar á su esposa y una hija.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Recomendamos á cuantos dirijan cartas al Administrador se fijen en esta sección para hacer de esta manera más fácil el servicio.

Játiba.—F. M. A.—Recibimos por conducto de L. 13,50 pesetas de paquetes hasta núm. 160 inclusive. Tiene abonada su suscripción hasta fin junio 89 y la de A. M. hasta fin noviembre 88. Se le envían los «Colectivismos».

Lérida.—J. R.—Recibida 1 peseta de la suscripción de G. A. hasta fin julio 89.

Barcelona.—F. A.—Enviamos 150 ejemplares para la venta: ¿son ésos los que necesita?

Bilbao.—M. O.—Se suspenden las suscripciones de J. L. y A. U., y se sirve nuevamente, á las señas que dice, la de R. G. Se le envían 25 «Colectivismos». Se suspenden también las de L. H. y V. C.

Burgos.—A. A.—Recibidas 11 pesetas para paquetes; tiene abonado hasta el núm. 161 inclusive; las otras cuatro en el lugar correspondiente.

Zaragoza.—M. P.—Se hace el traslado de J. G. Bauma de Castellvell.—A. T.—Se le envían desde este número 10 ejemplares y los dos «Colectivismos» que pide. Respecto á lo demás, se le escribirá.

Gracia.—J. P.—Se hace el traslado de su dirección.

Oviedo.—N. S.—Recibida 1 peseta de su suscripción hasta fin julio.

CARLOS MARX

EL CAPITAL

resumido y acompañado de un

ESTUDIO SOBRE EL SOCIALISMO CIENTÍFICO

por

GABRIEL DEVILLE

Esta importantísima obra se ha puesto á la venta en las principales librerías al precio de 4 pesetas.

Los suscriptores de EL SOCIALISTA pueden adquirirla en condiciones ventajosas dirigiéndose á sus correspondientes de provincias ó á la Administración.

Imp. de F. Cao y D. de Val, Platería de Martínez, 1.